

-TELEX-TELEX-TELEX-TELEX-

● Por primera vez desde la existencia de la República Federal de Alemania, el partido comunista de aquel país —D.K.P.— estará representado en el Consejo municipal de Bottrop, situado en la zona industrial del Ruhr, con dos concejales.

● El nuevo gobierno libio, subsiguiente al derrocamiento del rey Idriss, ha vuelto a exigir la evacuación de las bases americanas y británicas en territorio libio, al tiempo que anunciaba su propósito de comprar armas a la Unión Soviética.



● Coincidiendo con su viaje a Argel, el Presidente yugoslavo, Tito, ha afirmado su simpatía hacia todos los movimientos de independencia nacional, aliándose claramente junto a la causa de las organizaciones palestinas.

● Italia se verá paralizada, el próximo día 19, por una huelga general, convocada por los sindicatos para protestar contra la política fiscal, salarial y de vivienda.

● Canadá será este año uno de los países que, en el transcurso de los habituales debates en la O.N.U. sobre el ingreso en la Organización de la República Popular de China, apoyará el ingreso de dicho país.

● Prohibida en principio por el Presidente Nixon —y permitida posteriormente—, la nueva marcha de protesta contra la guerra de Vietnam se desarrollará el día 15, aunque a su llegada a Washington seguirá un itinerario distinto al que se había previsto.

● Un portavoz de los «Panteras negras» en Copenhague ha confirmado la existencia de conversaciones entre miembros del grupo y las autoridades de Vietnam del Norte, con el fin de intercambiar prisioneros de guerra norteamericanos a cambio de algunos «panteras negras» encarcelados en Estados Unidos.

● De acuerdo con un sondeo efectuado por el Instituto de Ciencias Sociales de Bonn, el 53 por 100 de los alemanes de la R. F. A. aprueban el cambio de gobierno en su país y la nueva coalición socialista-liberal de Brandt y Scheel.



● El Presidente Nasser ha asegurado en un discurso que solamente mediante la guerra, Egipto podrá recuperar los territorios ocupados por Israel a raíz de la guerra del 67.

● Malraux, Sartre y Mauriac han enviado sendas cartas al general Ovando, pidiendo la puesta en libertad de Régis Debray, encarcelado actualmente en la prisión de Camiri.



● Jim Garrison, fiscal de Nueva Orleans, famoso por su tesis sobre el asesinato de John F. Kennedy, ha sido nombrado por su partido —el demócrata— candidato para un nuevo mandato de cuatro años.

● Un violento ataque ha permitido al F.N.L. ocupar el cuartel general operacional del delta del Mekong, causando treinta y seis muertos y ciento veinticinco heridos a las «fuerzas aliadas», cifra más alta de bajas desde el comienzo de año.

X-TELEX-TELEX-TELEX-TELEX-

la pista se ha llegado a la CIA. En una granja de Carolina del Norte, que se considera como una base de la CIA, había armas de las de la policía de Chicago, pasadas por Turner. ¿Ha habido en medio traficantes particulares o Turner actuaba directamente con la CIA? ¿Para qué sirve esa granja? Se dice que como almacén para despachar armas al exterior. ¿Hay una conexión directa entre Turner y los sargentos? Parece que sí. Turner encubría a

Woodrige, pero en una de las declaraciones del general, el sargento parece ser considerado como un personaje sin importancia («Woodrige... ése no es más que un campesino ingenuo»). ¿Quiénes son los verdaderos dueños de la operación? ¿Qué se pretende con ella? ¿Es sólo un caso de corrupción económica o tiene otras proyecciones? Todas esas interrogantes están aún en pie. El asunto está en fase de embrollo. Quizá no salga de ella nunca.

USA y América Latina: LA NUEVA POLÍTICA DE NIXON

Algo más de nueve meses ha tardado el Presidente Nixon en definir «su política con respecto a América Latina, tardanza que carece de justificación si se considera que las innovaciones que ha introducido son intrascendentes y no tienen otra finalidad que mantener la histórica situación dominante de Estados Unidos sobre las Repúblicas del continente.

La política imperialista norteamericana ha adoptado diversas formas a lo largo de la historia, sin cambiar sustancialmente de contenido. Después de la etapa de expansión territorial a costa de México, la intervención norteamericana en Cuba y Panamá inauguró la política del «big stick». La penetración de Estados Unidos —en América Central y el área del Caribe, principalmente— adoptó su aspecto más agresivo. Fueron los días «grandiosos» para los «marines» (veintidós intervenciones) y la United Fruit. La Enmienda Platt y el Tratado del Canal son los dos ejemplos más esclarecedores sobre las características del imperialismo norteamericano de esta época.

La crisis del 29 cambió esta situación. En 1933 el Presidente Roosevelt estableció la política del «buen vecino», que puso fin a la etapa de mayor dureza norteamericana. La segunda guerra mundial y la guerra de Corea hicieron posible un período de auge económico de las Repúblicas del Sur y de «buenas relaciones» con la potencia del Norte comprometida en serios conflictos bélicos.

Después, la «política del buen socio» de Eisenhower (1953-1961) fue la fórmula que encubrió la regresión en las relaciones con América Latina. El Presidente republicano —y, sobre todo, su primer secretario de Estado— endureció la posición de Estados Unidos: intervención en Guatemala, represalias contra Cuba, prioridad a las inversiones directas como forma de «ayuda» a la expansión económica, explotación a través del intercambio comercial, etcétera.

Más tarde, con el mandato de Kennedy, se abriría paso a la «Alianza para el Progreso», el más ambicioso programa neocolonialista para América Latina jamás emprendido por los Estados Unidos. Sin embargo, tampoco la Alianza sirvió —ni podía servir— para mejorar o modificar las relaciones hemisféricas. El Presidente Johnson se encargó de endurecer esas relaciones (intervención en la República Dominicana, apoyo a las dictaduras, etcétera).

La primera manifestación pública sobre América Latina de su sucesor fue para denunciar la ineficacia de la Alianza y la tendencia a «sofocar los problemas del hemisferio bajo la retórica y los «slogans». No es extraño que con estas bases previas se esperase, con impaciencia, la definición de la política de Nixon sobre el continente. Esta ha sido expuesta de forma hábil. Aparenta un sentido práctico, pero quizá tenga una mayor carga de retórica y «slogans» que la propia Alianza. Sin citar cifras lanzó un nuevo «slogan»: «Nuestro objetivo para el

decenio mil novecientos setenta deberá ser una década de acción para el progreso de América».

Nixon, como es tradición en los republicanos, puso especial énfasis en la importancia de las inversiones directas, en un momento en que los propios tecnócratas iberoamericanos —educados, en general, en los Estados Unidos— piensan que las inversiones norteamericanas, en la forma y sectores en que se han realizado, han sido un factor negativo para el desarrollo económico (en la actualidad, las remesas de beneficios superan a las nuevas inversiones, que tampoco han contribuido eficazmente a aumentar las exportaciones de la zona). Declarándose partidario de buscar «una manera más novedosa e imaginativa de hacerle frente a las responsabilidades que compartimos», Nixon ofrece como más eficaz aportación al desarrollo en Latinoamérica la arcaica política de apoyo a la inversión directa. Al mismo tiempo reconoció que «desde hace varios años, casi todos los préstamos concedidos bajo los programas de asistencia de los Estados Unidos han sido «atacados». En efecto, por cada dólar prestado, los iberoamericanos habían de gastar más de 90 centavos en la compra de otros bienes y servicios en Estados Unidos. Los programas de ayuda se convertían así en meras políticas de fomento a la exportación de productos norteamericanos.

La «gran concesión» en este sentido ha consistido en permitir que los préstamos sean liberados para comprar, además de en Estados Unidos, en cualquier parte de América Latina.

Pero si se considera que la industrialización de América Latina es mínima, y que el comercio intralatinoamericano no es aún floreciente, se puede afirmar que esta concesión es casi totalmente inoperante.

Otro de los problemas esenciales de América Latina, el del comercio exterior, fue abordado como un problema a largo plazo y condicionado a que «todas las naciones industrializadas adopten un plan que abarque una amplia gama de productos». También prometió «un vigoroso esfuerzo para reducir las barreras no arancelarias (los latinoamericanos desean también la reducción de las barreras arancelarias) al comercio, mantenidas por casi todos los países industrializados». Al sostener un sistema de preferencias generales, Nixon no ocultó su deseo de obtener la supresión de preferencias especiales existentes entre el Mercado Común y ciertos países africanos, que limitan la entrada en esta zona de productos norteamericanos.

Por último, Nixon no hacía más que dar el espaldarazo a los regímenes dictatoriales, cuyo apoyo ya ofreció explícitamente en mayo de 1967, en el curso de un viaje por varios países del continente. En esta ocasión, el entonces candidato a la presidencia mostró recelos ante las democracias reformistas de Frei y Belaúnde.

Todas estas líneas económico-políticas de la nueva frontera de Nixon

han sido calificadas por algunos expertos como «decepcionantes». Sin embargo, esta postura desconoce las características del dominio norteamericano sobre América Latina, cuyos intereses están por encima de cualquier definición personal. Por ello es lógico

que Nixon, en un discurso mejor acogido por los sectores dominantes de América Latina que por los propios norteamericanos, haya expuesto las líneas de una «nueva política» cuya verdadera pretensión es que nada fundamental cambie.

Teatro «FORTUNATA Y JACINTA»



Quizá algún lector se haya preguntado por qué no hemos comentado la versión teatral de «Fortunata y Jacinta», estrenada en el Lara hace ya varias semanas. Otros acontecimientos escénicos lo impidieron, aparte de que el reportaje de García de Dueñas, dedicado a las adaptaciones teatral y cinematográfica de la novela galdosiana, suponía ya un primer juicio orientador.

Sin embargo, «Fortunata y Jacinta», en tanto que espectáculo teatral, cuenta con una serie de extremos que, por su significación, merecen ser atentamente examinados. Sería, para empezar, la «vuelta» de Galdós, desde el año, ya un poco lejano, en que Claudio de la Torre montó «La loca de la casa» en el María Guerrero. Tema éste de la vuelta de Galdós que nos propone la reconsideración de uno de nuestros creadores contemporáneos de mayor conciencia histórica, cuya obra ha de ser examinada en profunda correlación con el tiempo estético y político en que nació. Dramas que hoy son, o parecen, «viejos» fueron, en las fechas de su estreno, motivo de grandes polémicas artísticas y sociopolíticas, por cuanto Galdós no sólo criticó una sociedad, sino que, para hacerlo, aventuró nuevas formas y tratamientos teatrales de la realidad. Ahora hemos accedido a la versión teatral de una novela; su autor es Ricardo López Aranda, el ganador del Premio Calderón con «Cerca de las estrellas». Tras aquel estreno, el nombre de López Aranda volvió a sonar fuerte cuando le prohibieron a Víctor Aúz la obra que sobre el tema de Lutero le había escrito para la temporada del Nacional de Cámara. Ahora ha vuelto, en definitiva, a la cartelera madrileña con una versión, quizá demasiado esquemática —supongo que era irremediable—, de la novela galdosiana, pero con suficientes elementos de interés. Su trabajo tiene muy en cuenta —quizá demasiado— la personalidad de Nati Mistral, actriz que también contribuye al interés apriorístico del espectáculo; porque la Mistral es, en potencia, una de las actrices más hermosamente espesas y vigorosas de nuestro teatro moderno, aunque este posible camino —difícil, trabajoso, necesitado de títulos importantes ofrecidos con continuidad— haya sido cortado por el «cliché» un tanto tópico de su belleza y su «temperamento».

En la «Fortunata y Jacinta» teatral se ve muy bien hasta qué punto la

propia Nati Mistral, Ricardo López Aranda y la empresa del Lara han querido aprovechar la imagen preestablecida de la actriz. Y justo y paradójico es señalar que el espectáculo sirve, entre otras cosas, para mostrarnos al cliché devorando la expresividad, la comunicabilidad y la fuerza de una intérprete destinada quizá a quedarse —según ya es usual entre nosotros— en «gran esperanza».

Otro nombre clave de este experimento es el de Alberto González Vergel. No vi el estreno, y me han dicho que el espectáculo padeció un obligado reblandecimiento al día siguiente. En todo caso, la «Fortunata y Jacinta» que yo he visto es una curiosa mezcla de buenas ideas de «puesta en escena» y de artificiosa animación de esas ideas, como si el espectáculo transcurriese entre dos polos heterogéneos. De un lado estaría la honesta reflexión de González Vergel sobre la necesidad de un teatro de línea «artaudiana», de un teatro de mayor violencia y liberación física; del otro estaría la impotencia de los actores para servir las necesidades de una puesta en escena así concebida, especialmente las «primeras figuras», pues hay una escena que transcurre en un convento confiada a actrices secundarias, en las que sí se alcanza y se descubre claramente cuál era la clave poética de Vergel.

Una respuesta fácil sería la de achacar esta tensión o duplicidad al propio González Vergel, en la medida que su puesta en escena de «Fortunata y Jacinta» presupone la puesta en cuestión de su estilo habitualmente intimista para dar entrada a formas quizá no del todo asimiladas. Yo no creo, sin embargo, que el problema esté ahí. O acaso lo esté si lo planteamos en el terreno de la dirección de actores, de la serie de ejercicios que puedan integrar a un actor a la española en un espectáculo como el que González Vergel quería montar. La conclusión es ésta: establecidos unos módulos encaminados a expresar violentamente las imágenes galdosianas, luego, la interpretación no ha sabido, o no le han dejado, materializar y liberar las fuerzas previstas. Entre la afectación de los intérpretes, su escasa concentración, su falso erotismo o su falsa violencia y el lenguaje de la puesta en escena hay, casi siempre, una perceptible distancia.

Alguien podría preguntarse: si no podía llegarse más lejos en la actuación, en la verdad del intérprete, ¿no



CHUMY
CHUMEZ